

Vigencia de Razetti

Dr. Miguel González Guerra

Final de centuria, final de milenio. Época especialmente pertinente para que los pueblos, como los individuos, se detengan a hacer una revisión de su historia no tanto para hacer un simple ejercicio de repaso, como para reconocer cuáles son los factores que pudieran haber favorecido u obstaculizado el logro de lo previamente propuesto y, así, poder reprogramar, con mayores posibilidades de éxito, las futuras actividades a realizar. Esta generalizada tendencia, por lo demás muy sana y recomendable se presenta como singularmente útil en Venezuela, en donde el siglo XX es apenas el primero que el país transita completo como nación soberana e independiente.

Ciertamente, uno de los aspectos más interesantes en esta suerte de autoevaluación histórica es la de revisar las acciones y circunstancias de determinadas figuras que pudieran haber dejado su impronta indeleble e influido más decisivamente en la vida de sus pueblos. El propósito de un examen como éste no es ni puede ser simplemente admirativo, ni sólo de reconocimiento. Su verdadero propósito natural es absolutamente pedagógico, pues, al tratar de identificar cuáles pudieran haber sido las características de su personalidad que les permitieron cumplir tales roles, el fin último realmente es el de buscar inspiración en tales características y procurar su emulación, bajo la convicción de que, de esta manera, se podrían mejorar, sensible y notablemente, los logros de las acciones que desarrollen las futuras generaciones. Es así como estos auténticos prohombres se convierten en modelos o ejemplos para toda una sociedad o un pueblo, trascienden los naturales límites de su tiempo y apuntalan sólidamente el orgullo del gentilicio. Es bajo este prisma que se ofrecen las siguientes líneas sobre la, por mil razones, paradigmática figura de Luis Razetti

(1862-1932).

No tuve oportunidad de conocerle en vida pero es tanto lo que se ha escrito, y aún se escribe sobre él, que, a veces, pareciera que todavía está entre nosotros, a pesar de los sesenta y cinco años ya transcurridos desde su desaparición física. Pero no es sólo cuestión de cantidad. De hecho, muy notables plumas han tenido a honra dedicar elogiosos comentarios sobre su vida y actuaciones y han proporcionado una muy valiosa información que, por lo nutrida paradójicamente, no facilita intento alguno de resumir el valor de nuestro personaje. Excesivamente largo sería para el estrecho marco de las presentes líneas, hacer una pormenorizada lista de tan distinguidos autores, pero, sin ánimo excluyente, consideramos perfectamente lícito rememorar, entre otras muchas, las siguientes referencias venezolanas para conocimiento de quienes las ignoran, contando con la venia de quienes, presentes en este distinguido auditorio, sin duda las conocen perfectamente: Biografía del Doctor Luis Razetti y Palabras que la emoción no permitió pronunciar ante el féretro del amigo querido Luis Razetti (ambas de Francisco Antonio Rísquez, 1856-1941), Ensayo de interpretación de Luis Razetti (José Trinidad Rojas Contreras, Luis Razetti, médico y cirujano (Carlos Travieso 1901-1980), Luis Razetti (Elías Toro, 1871-1918), Homenaje al Doctor Luis Razetti (Henrique Toledo Trujillo 1885-1986), El Profesor Luis Razetti (Diego Carbonell, 1884-1945), Palabras ante la tumba del Dr. Razetti (Pedro Blanco Gásperi, 1893-1965), Elogio del Maestro Razetti (Fabián de Jesús Díaz 1908-1995), Recuerdo del Maestro Razetti (Jesús Rafael Rísquez 1883-1947), El Cirujano Luis Razetti (Oscar Beaujon, 1914-1990).

Mención muy especial merece, desde luego, Ricardo Archila (1909-1984), genuino biógrafo de

Razetti, desde que, aún estudiante en 1933, publica en la Gaceta Médica de Caracas su tesis de graduación de Bachiller en Filosofía y Letras: Luis Razetti: Datos biográficos. Su influencia en la medicina nacional. Su bibliografía. Posteriormente, escribe: Primeros años de Razetti y muchos otros artículos y publicaciones, entre las cuales destacan: Luis Razetti o Biografía de la superación, y la compilación de las Obras Completas de Luis Razetti.

Al lado de esta muy sucinta y necesariamente incompleta referencia, que, sin embargo, de alguna manera, sirve para ilustrar el impacto de Luis Razetti en sus contemporáneos y sucesores, vale la pena adicionar el examen del Índice Global de la Gaceta Médica de Caracas, correspondiente a los volúmenes 1 al 100 (1893-1992), en donde encontramos un total de 1 711 tópicos diferenciados, en la Sección de Índice de Materia, de los cuales sólo 17 (Absceso Hepático, Academia Nacional de Medicina, Cirugía, Demografía, Discursos, Ética médica, Fiebre, Fiebre amarilla, Fiebre tifoidea, Gaceta Médica de Caracas, Historia de la medicina, Lepra, Paludismo, Sífilis, Sillones de la Academia Nacional de Medicina, Tripanosomiasis sudamericana y Tuberculosis) aparecen con mayor número de artículos que los referidos a Razetti. Esta interesante observación, sin embargo, se hace aún más notable al comprobar que, en los últimos veinte años (1972-1992) del lapso considerado, sólo los artículos referidos a Academia Nacional de Medicina, Discursos y Ética Médica, entre los 17 tópicos mencionados superan a los que tienen como tema a Luis Razetti. En otras palabras, Razetti no sólo ha sido uno de los temas más abordados en la Gaceta Médica en el transcurso de los primeros cien años de la revista, sino que se ha mantenido como uno de los de mayor vigencia.

¿A qué se debe esto? ¿Cuáles fueron las características de Razetti que le han dado tan amplia y prolongada proyección histórica? ¿Se circunscribe su importancia en este sentido al ámbito médico? ¿Puede realmente considerarse a Razetti como una inspiración para las generaciones del siglo XXI? La posibilidad de contestar a estas preguntas se fundamenta necesariamente en el examen de su labor en los campos en los cuales la desarrolló. Las limitaciones del presente trabajo, sin embargo, nos llevan a intentar esta aproximación circunscribiéndonos a sólo tres de esos campos: como cirujano, como docente y como escritor.

En primer lugar, está su condición de cirujano. No descubro nada a los aquí presentes al decir que

Razetti lo fue, sin duda de ninguna especie, en la más acabada acepción del término. Así, con gran capacidad descriptiva, Travieso afirma que Razetti nació con las condiciones inherentes al alma del verdadero cirujano, y poseía, según el sentir anglosajón, la trilogía indispensable: manos de artista, mirada de águila y corazón de león, mientras que Carlos H Mayo, eminente figura norteamericana, al tener conocimiento de su deceso, sentencia: “Con la muerte de Razetti, el hemisferio occidental pierde uno de sus más connotados cirujanos”.

De hecho, si bien es generalmente aceptado que en los primeros años del presente siglo, la máxima figura quirúrgica de Venezuela fue Pablo Acosta Ortiz (1864-1914), el “mago del bisturí” que comenzó en el país diversas prácticas en este campo (raquianestesia, 1900; ligamentopexia uterina, 1906 entre otras) y fue el primer catedrático de Clínica Quirúrgica (1895) en la Universidad Central, no es menos cierto que Razetti siempre fue su verdadero par, a tal extremo que, en dicha Cátedra, fue varias veces Profesor Interino, pasando a ser el indiscutible titular de la misma al ocurrir el prematuro deceso de Acosta. Pero es que, realmente y sin duda alguna tuvo un valor propio como cirujano, según se aprecia con el hecho de que fue el iniciador de muchas acciones quirúrgicas en áreas tan diversas como la gastroenterología (gastroenteronastomosis, 1911; tratamiento quirúrgico de la perforación intestinal tífica, 1915), otorrinolaringología (laringectomía total por vía retrógrada ascendente, 1914), reumatología (uso de la sutura metálica en pseudoartrosis, 1914), neumonología (toracotomía en fístula pleural, 1914; toracoplastia extrapleural en tuberculosis pulmonar, 1929), cirugía cardiovascular (ligadura de la carótida primitiva, 1915), ginecología (interposición vésico-vaginal para tratar el prolapso genital, 1916, oncología (operación de Wertheim en neoplasia cervical, 1918; operación de Halsted en cáncer mamario, 1922), por señalar sólo algunas.

En segundo lugar, está su condición de docente. Regentó primero fugazmente, entre el 25/2/1893 y el 31/3/1893, la cátedra de patología externa. Luego, comenzando a brillar con luz propia, tuvo a su cargo la de obstetricia desde el 26/9/1893, junto con la de medicina operatoria, en la cual se inició el 22/9/1894, manteniéndose en la primera de ellas hasta el 25/2/1896. La segunda la ocupa hasta el cierre universitario en 1912, junio con la de Anatomía, que había asumido desde el 17 de agosto de 1896. Finalmente, al ocurrir en pleno cierre universitario

el deceso de Acosta Ortiz, pasa a ocupar la cátedra de Clínica Quirúrgica desde el 24 de julio de 1915 hasta su muerte. Pero no limitó su magisterio a las aulas, sino que se prodigó como educador por cuanto medio estuvo a su alcance, manejando con igual eficiencia la discusión y la exposición escrita. A este respecto, el mejor reflejo lo dan las palabras de Archila, quien lo cataloga de “Maestro de Maestros, pues formó escuela, su máximo timbre de gloria”, para agregar a continuación: “Sabio, elocuente, entusiasta y con fervor poco común rebasó el marco universitario y llevó su voz a la prensa, al libro y en donde quiera que se le ofrecía la ocasión. Fue la suya una cátedra ambulatoria. Llegaron a hacerse famosas sus tertulias en los corredores del Hospital Vargas; sistemáticamente, rodeábase de discípulos, a los cuales atraía además por ser un admirable *causeur*, y no desperdiciaba esos momentos para actuar como maestro y como consejero de sus jóvenes oyentes”.

Un tercer aspecto, en este breve examen, en su condición de escritor. Por una parte, escribió dos libros especialmente de apoyo a su labor como profesor en obstetricia (La exploración externa en obstetricia y las hemorragias uterinas puerperales, 1901) y cirugía (Lecciones y notas de Cirugía Clínica, 1917). Otros dos estuvieron dirigidos a la lucha antialcohólica (La cruzada moderna, 1907, y Manual del antialcoholismo, 1913). Dos más tuvieron como objeto la difusión y defensa de su posición sobre la doctrina de la descendencia (La doctrina de la descendencia en la Academia Nacional de Medicina, 1906, y ¿Qué es la vida? 1907). Uno tiene cierto agrisado sabor de evocación y nostalgia, al consagrarlo a recordar la labor que desarrolló su hija predilecta en el lapso en el que fue su Secretario Perpetuo (La Academia Nacional de Medicina en sus primeros veinte años, 1929). El último (cronológicamente el penúltimo, es su obra monumental, dedicado a ensalzar la condición ética del médico (Moral Médica, 1928).

Se complementa este interesante aspecto de Razetti con una producción de 39 folletos y más de 700 artículos por diversos medios y sobre los más variados tópicos.

Aproximadamente la mitad de esos artículos (392) los publicó en la Gaceta Médica de Caracas, 381 de ellos como autor único y 11 en colaboración, viniendo a ser el autor con más artículos publicados en toda la historia de dicha Revista. El último que vio la luz en vida de Razetti fue ¿Quién descubrió las propiedades

anestésicas del éter?, si bien algunos aparecen publicados posmortem (Índice general de la Gaceta Médica de Caracas: Trabajos de autores venezolanos, 1933; La Eutanasia, 1937; A la mujer venezolana, 1939; Instalación del Colegio de Médicos de Venezuela, 1943).

En realidad, el conocimiento de la labor de Razetti hace nacer un genuino sentimiento de admiración que invita al respetuoso reconocimiento. No en balde la Patria le ha concedido los altos honores del Panteón Nacional. Pero flaco servicio le haríamos a su memoria si nos detenemos allí, cuando lo verdaderamente pertinente y útil es tratar de establecer algo que nos pueda orientar a formar mejor a futuras generaciones de médicos y, de ser posible, de otras profesiones. Por ello, más allá de lo expresado en estas breves pinceladas, comprensiblemente insuficientes, desde luego para expresar a cabalidad lo notable de esa labor, intentamos buscar algunas respuestas a las interrogantes expresadas acerca del por qué de su lozana y sorprendente vigencia.

En efecto, al revisar su actividad como cirujano, una característica que salta a la vista es la de haber sido un hombre que marcó rumbos y abrió caminos, un verdadero pionero, tal como se desprende de su condición de iniciador en Venezuela de muchas intervenciones quirúrgicas. Son frecuentes sus expresiones de esta condición pionera:

“... y será ésta la primera vez que se pone en práctica la perforación de la bóveda del cráneo para tratar una epilepsia traumática...” (1893).

“... he creído de alguna utilidad la publicación del caso que he tenido la oportunidad de tratar con muy feliz éxito...” (segundo caso de hepatitis supurada de los países cálidos en el mundo, 1895).

“... le doy la importancia de ser el primer caso de herida del intestino, operado y seguido de la curación del paciente, que se haya publicado hasta ahora entre nosotros...” (1898).

“... No tenemos noticia de que antes se haya empleado en Venezuela el hipnotismo en la práctica de nuestros cirujanos...” (1899).

“... La primera operación de gastroenterostomía por estenosis pilórica fue practicada por mí el 27 de mayo de 1911...” (1918).

“... creo que es la primera vez que se observa entre nosotros un bazo distópico situado en la fosa ilíaca derecha y por ser ésta la primera esplenectomía que se hace en Venezuela...” (1920).

Una conclusión similar se observa al examinar su actividad como docente. En efecto, fue un revolucionario innovador en la enseñanza de la anatomía, no sólo con la reanudación de las disecciones, sino también con su esfuerzo en que fuera creado el Instituto Anatómico, tal como señala en 1910:

“... Desde el año de 1894, cuando establecí la enseñanza práctica sistemática y oficial de la Medicina operatoria en nuestra Universidad, he venido solicitando por todos los medios que estuvieron a mi alcance y en el camino del decoro, la fundación de un Departamento especial, fuera del edificio de la Universidad y adecuado para los ejercicios de disección y cirugía práctica en el cadáver...”

Lo mismo observamos en su actuación como docente en obstetricia, cuando introduce nuevos y más adecuados textos de estudios y actualiza la enseñanza de la misma, como se ejemplifica con su valiente aplicación, contra toda opinión reinante entonces en el país, del método de Pinard (irrigaciones vaginales e intrauterinas de agua caliente a 48°, rotura amplia de las membranas, aplicación de un globo dilatador incompresible e inyecciones subcutáneas de suero artificial) para tratar las hemorragias puerperales, en lugar del entonces utilizado método de Dubois (ergotina y taponamiento vaginal).

Particularmente demostrativa, en esta afirmación de su condición pionera como docente, es el Plan de Estudios Médicos que propone en 1893, recién incorporado a la docencia en la Universidad Central, en el cual contempla la instauración, totalmente revolucionaria entonces en nuestro país, de las clases de Ginecología y Anatomía Patológica, así como las Clínicas médica, quirúrgica, Partos y Pediatría y Dermatología y Sifilografía, que, inicialmente, culmina con el inicio de la enseñanza clínica separada en las divisiones generales de la medicina (Medicina, Cirugía y Obstetricia, 1895), como reconocen todos quienes estudian nuestra historia médica.

En cuanto a su condición de escritor, Razetti también abrió caminos, no sólo al utilizar, como nadie antes que él en el país, la publicación de artículos como forma de difusión de conocimientos médicos, sino como medio para dilucidar controversias científicas. Así lo prueban, indubitablemente, tanto sus célebres controversias acerca de la teoría de la descendencia como, entre otras, sus discusiones con Villegas Ruiz (uso de la pituitrina),

Carbonell (epilepsia de El Libertador), Rísquez (diagnóstico y tratamiento de las apendicitis).

Razetti fue, indiscutiblemente, un hombre que marcó rumbos. Esta condición, sin embargo, exige imperiosamente la presencia de ciertos atributos específicos, entre los cuales no son los menos importantes la convicción firme y la acción tenaz. No es el caso afirmar simplemente que Razetti la poseía, y en grado superlativo. Por ello consideramos de interés tratar de dar pruebas de ello, y convalidar su pertinencia.

Aquí sentimos la necesidad de hacer una digresión. Siguiendo a Descartes, la duda metódica es el camino para rechazar la tierra movediza y la arena para encontrar la roca o la arcilla. Esa duda es, filosóficamente considerada, un excelente punto de apoyo para buscar la verdad y un magnífico potenciador del progreso científico. Sin embargo, la duda cartesiana presenta la interesante característica de no ser total ni indefinida, puesto que ello conduciría a vacilaciones esterilizantes o, en palabras del mismo Descartes, a acciones irresolutas. Es particularmente ilustrativa la expresión del propio Descartes al afirmar: “Mi segunda máxima consistía en ser lo más firme y resuelto que pudiese en mis acciones, y no seguir con menos constancia las opiniones más dudosas, una vez que me hubiese determinado a ello, que si hubiesen sido muy seguras”. De esta forma, la aparente incompatibilidad entre la duda y la convicción firme se resuelve, según las máximas cartesianas, en el sentido de que, tras la estimuladora duda inicial, y aun dentro de ella, el hombre, prácticamente por necesidad, habrá de llegar a una convicción firme, la cual se constituirá en la verdad que regirá su vida, su verdad, aun cuando en la mente de otros hombres pase a ser sólo una duda más, a lo sumo una “verdad temporal”, un nuevo punto de partida cuyo objetivo es acicatear el progreso humano.

En este orden de ideas, poco importa si lo admitido como verdad es correcto o no. Lo realmente trascendente es la conveniencia o, incluso, la necesidad de una firme convicción que rijan y dirijan nuestras acciones. Bajo este prisma, y sólo a modo de ejemplo, nos lucen igualmente respetables las posiciones de José Gregorio Hernández (1864-1919) y Luis Razetti, tan idénticos en la firmeza con que mantenían su divergente posición religiosa.

Así era Razetti. Un hombre de convicción firme y de acción tenaz. Cuando llegaba a sentir absoluta

certeza sobre algo, defendía su posición en forma tan enfática que llegaba a ribetes de fanatismo, tal como se refleja transparentemente en las apreciaciones que rubrica T. Aguerrevere Pacanins (1860-1913) en la Introducción que escribió en 1899 para la obra de Razetti, *La Exploración externa en Obstetricia*:

“... Se acusa a Razetti de fanático en la práctica de sus conocimientos ¿y cómo puede dejar de serlo el que sabe que posee la verdad? ¿cómo podrá Razetti dejar de ser fanático en el tratamiento de ciertas hemorragias si sabe positivamente la génesis de ellas? Bendito fanatismo que arranca tan gallardamente víctimas a la muerte ...”.

He aquí el hilo de nuestra, necesariamente incompleta, reflexión, simple inicio de un mayor y

más profundo análisis. Razetti marcó rumbos en las distintas áreas en las cuales se desarrolló porque fue un hombre de convicciones firmes y de acción tenaz. Y si, por una parte merece los más sinceros reconocimientos que la comunidad médica y no médica del país y fuera de nuestras fronteras, le hayan proporcionado y puedan continuar proporcionándole en el venidero milenio, nuestra posición es que el mejor homenaje que se le podría rendir, y que él agradecería en el más alto grado, sería el de que se le viera como un ser humano imitable, y se le imitase en la forma de actuar en la vida: con convicción firme y acción tenaz. El marco y complemento necesario de ello, para no caer en la lapidaria frase de Bolívar, “El talento sin probidad es un azote”, es estar lleno de una gran nobleza de propósitos. Y en este aspecto, es evidente que Razetti demostró palmariamente, a lo largo de su vida y su obra, que también la tenía en grado sumo.

“Cambios climáticos del globo y enfermedades infecciosas emergentes”

“Los factores climáticos influyen la emergencia y reemergencia de enfermedades infecciosas, en adición a los múltiples determinantes humanos, biológicos y ecológicos. Los climatólogos han identificado tendencias hacia arriba en las temperaturas globales y ahora estiman un aumento, sin precedentes, de 2,0 °C para el año 2100. Es de la mayor preocupación que estos cambios pueden afectar la introducción y diseminación de muchas y serias enfermedades infecciosas.

La incidencia de enfermedades transmitidas por mosquitos, incluidas malaria, dengue y encefalitis viral, están entre las más sensibles al clima. Los cambios climáticos pueden afectar directamente la transmisión de la enfermedad por desviación del rango geográfico del vector, por aumentar las ratas reproductivas y de picadas y por acortar el período de incubación patógena. Los aumentos relacionados con el clima en la temperatura de la superficie de los mares y en el nivel del mar, pueden conducir a mayor incidencia de infecciones relacionadas con el agua y de las enfermedades por toxinas, tales como el cólera y las intoxicaciones por mariscos. Las

migraciones humanas y el daño de las infraestructuras de salud por los proyectados aumentos de la variabilidad climática pueden, indirectamente, contribuir a la trasmisión de la enfermedad. La susceptibilidad humana a las infecciones pueden verse, además, combinada a la desnutrición debida a la influencia del clima sobre la agricultura, y a las potenciales alteraciones en el sistema inmune humano causadas por el aumentado flujo de la radiación ultravioleta.

El análisis del papel del clima en la emergencia de las enfermedades infecciosas humanas requerirá la cooperación interdisciplinaria entre médicos, climatólogos, biólogos y de las ciencias sociales. La aumentada vigilancia de las enfermedades, los modelos integrados, y el uso de sistemas de datos geográficamente basados podrán ofrecer más medidas preventivas a la comunidad médica. El conocimiento de los lazos entre los cambios climatológicos y ecológicos, como determinantes de la emergencia de enfermedades y su redistribución podrán, finalmente, ayudar a optimar las medidas de prevención” (Patz JA, Epstein PR, Burge TA, Balbus JM. *JAMA* 1996;275:217-223).